Dolor sin límite

Arnoldo Kraus

¿Qué puede hacer un médico cuando la enfermedad y la pobreza se juntan en la historia de sus pacientes? ¿Qué ayuda ofrecer a quien sufre del dolor sin límite? En este relato, dos jóvenes egresados de la carrera de Medicina se encuentran ante un cuadro extremo: una muchacha enferma de cáncer en etapa terminal no tiene más futuro que seguir sufriendo indeciblemente hasta que llegue la muerte.

No me obsesiona la muerte, me obsesiona la vida.

Pensar la muerte es parte del oficio de la mayoría de los médicos. Mi obsesión, como la de todos, tiene historia. Recuerdo el momento preciso cuando la muerte de otro irrumpió en mi vida. El primer enfrentamiento, crudo, abierto, fue, a la vez, necesario y duro. Sucedió de noche. Iniciaba mi entrenamiento médico. Era joven. Ayudar, repetíamos con frecuencia, es una de las razones fundamentales de la profesión. La muerte no formaba parte del currículo de la Facultad ni de mi código interno. Llevaba haciendo guardias en un hospital general del sector salud tres o cuatro meses. En esos nosocomios, la mayoría de la población es pobre o muy pobre. Los pobres o muy pobres cuando enferman se entregan "de otra forma": confían, cuestionan poco, admiran, se depositan. Piensan que el médico es una figura cuasi divina. Le otorgan autoridad, no poder autoritario. Tener autoridad obliga. Ejercerla suma ética y compromiso, ambos, valores fundamentales, ahora en desuso. Basta observar el correr de la vida; basta repasar las materias de la escuelas de medicina.

En ese hospital, gran parte de los pacientes padecía enfermedades complicadas. Pobreza y patología es un binomio siniestro. Quien enferma pobre, vive mal, muere pronto. Algunos pacientes venían de provincia. La familia pedía prestado, embargaban sus vidas, y, como podían, traían a su ser querido. Cuando una persona amada está enferma o ha recibido el mote desahuciado, familiares y amigos no cejan: buscan ayuda y esperanza. Esperanza es una palabra formidable. Enfermos y seres cercanos la repiten incontables veces, la necesitan. Algunos familiares de enfermos pobres, antes de sepultar sus esperanzas, empeñan sus vidas. Si a los enfermos se les amputan las ilusiones la muerte penetra antes. Barre con todo. No se inmuta. La esperanza no detiene el final, sólo lo aparca un momento. Un momento, en ocasiones suficiente, para decir adiós. Despedirse, decir adiós, sirve. Le sirve a quien marcha y a quienes se quedan.

***

Empeñar sus vidas significa vender lo que no tienen y pedir prestado lo que nunca podrán pagar. Empeñarse por un ser amado es una definición no escrita de dignidad, de congruencia. Algunos actos humanos superan

las posibilidades del lenguaje. Empeñarse por otro es uno de ellos. Quienes abandonan su terruño en busca de ayuda, antes escucharon: "En ese hospital le salvaron la vida a mi padre", "en ese hospital los equipos son buenos y los médicos son muy preparados".

Al principio las guardias asustan, después abruman. Las noches en los pasillos del hospital son oscuras y largas. En ocasiones no terminan: cincuenta metros son mucho, dos horas son demasiado. Confrontar la enfermedad y la muerte sin las manos del mentor es complicado. Más lo es cuando el correr de la noche acumula cansancio. Peor aún cuando enfermos jóvenes y sus padres reclaman curación imposible de ofrecer.

Las patologías de la miseria no son más graves porque las células enfermas sean más agresivas o más resistentes a los medicamentos; lo son por la injusticia social. Ser pobre y enfermo, ya lo dije, es uno de los peores binomios. Muchos de los pacientes que acudían al hospital llegaban "tarde": la patología había destrozado el cuerpo. Sin fármacos ni proteínas, la enfermedad se apodera de la persona y hace lo que sabe hacer: demoler, romper, desordenar, matar. Llegar "tarde" significa enterarse de que nada puede hacerse para aliviar o sanar. Tarde es palabra del diccionario. Tarde es realidad de la miseria. "Tarde", entrecomillado, es un recurso con el cual cuentan los médicos jóvenes cuando nada se le puede ofrecer al enfermo.

Carmen lloraba todas las noches. Plañía, gemía, pedía, no se acomodaba. Su cuerpo tenía vida; su vida carecía de cuerpo. Siete días habían transcurrido desde su internamiento. Carmen madre le cogía la mano:

—Sí, *mijita,* aquí estoy. Duérmete.

Carmen hija tenía veinte años. Venía de la Sierra de Puebla. Carmen madre tenía, aproximadamente, 45 años. Carmen chica tenía siete hermanos, todos menores; sus padres eran, cuando podían serlo, campesinos. Lloraba de noche, gritaba de día. Sosiego no había, dolor sobraba. El dolor sólo tiene un límite, la muerte. El de Carmen hija la mataba poco a poco. Lo sabía la cama, lo sabían las enfermeras. La madre lo ignoraba: nunca habló del final.

La madre, analfabeta, era infinitamente solidaria: salvo para ir al baño no dejaba nunca a su hija. Su cara era cansancio puro, su fe infinita. Carmen madre comía lo que dejaba su hija, o lo que recibía de la ayuda de vecinos menos pobres o de la *coperacha* que realizaban enfermeras y médicos.

Conforme pasaban los días Carmen lloraba sin cesar. Todo le dolía. No le dolía morir, le dolía vivir. Su abdomen inflamado y el dolor del cuerpo correspondían a cáncer de ovario con diseminación a pulmones, hígado y huesos. El tumor se había comido la vida de Carmen. El hambre de *su* cáncer, como sucede con todos los "tumores tarde", es insaciable. Mientras avanzaban los días el abdomen aumentaba y los pulmones sufrían. Cada vez le era más difícil respirar, cada vez era más insoportable verla y escuchar su dolor.

Sin aire, ni comía ni parpadeaba ni se movía ni hablaba ni se esforzaba por voltear cuando su madre le decía:

—Sí, *mijita,* aquí estoy, ya mañana nos vamos.

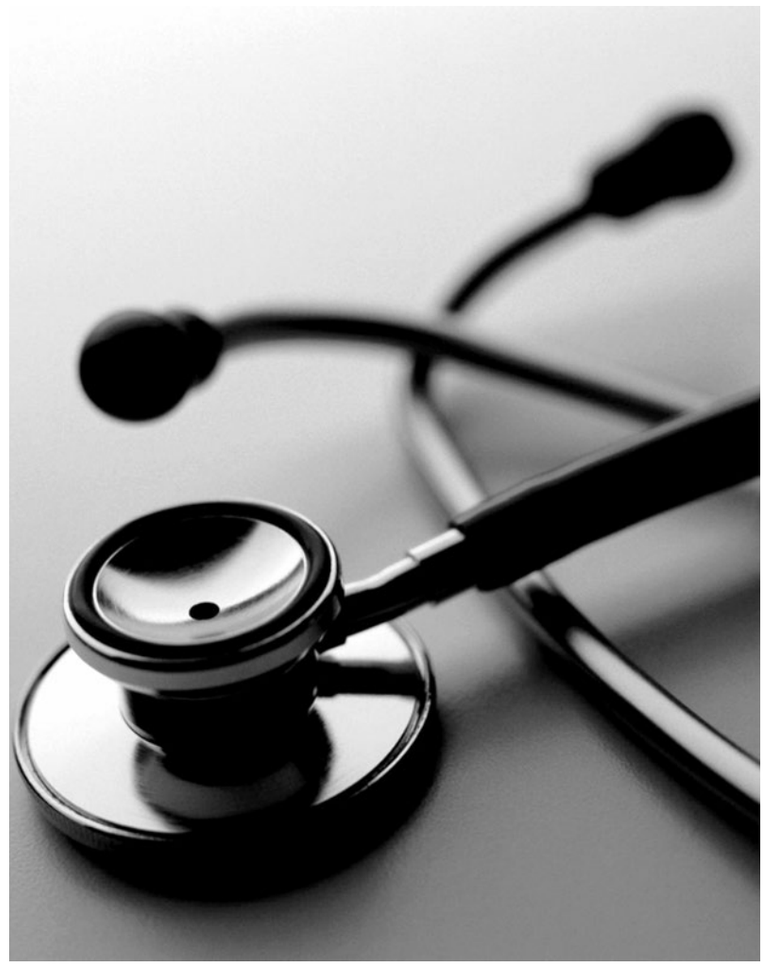
Sin aire, y con dolores en todo el cuerpo, gemía y lloraba sin cesar. En ocasiones parecía morir: pasaban cinco, seis, siete segundos sin respirar. Después suspiraba, pervivía, regresaba: plañía, movía la mano, buscaba a su otra Carmen, y le decía, sin decirle:

—Ma, ¿estás ahí?

Queríamos, mis compañeros y yo, auxiliarla. Poco logramos. Los medicamentos casi no ayudaban. El dolor invadía su cuarto. La muerte, lo sabíamos, aguardaba el menor descuido.

Jaime, uno de mis compañeros de guardia, me dijo: "¿Qué hacemos?".

—Lo que dijimos —respondí.

Aguardamos el cambio de guardia. Antes de amanecer la tensión disminuye. Cogimos de las gavetas algunos medicamentos. Los inyectamos en el suero. Mientras Carmen madre dormía Carmen hija moría.

"Hasta aquí, Carmen", dijo Jaime. "Hasta nunca", agregué. **u**